

# SERMON

QUE

EN LAS EXEQUIAS DE LA REINA DE ESPAÑA

DOÑA ISABEL DE BRAGANZA,

CELEBRADAS

*POR LA REAL MAESTRANZA DE VALENCIA*

EN LA IGLESIA DE LAS ESCUELAS PIAS,

DIZO

*EL P. PRESENTADO FR. JAIME VILLANUEVA,*

*DE LA ÓRDEN DE SANTO DOMINGO,*

DIA 15 DE MARZO DEL AÑO 1819.



VALENCIA

*En la Imprenta de Estévan*

1819.

SERMON

QUE

EN LAS EXEQUIAS DE LA REINA DE ESPAÑA

DOÑA ISABEL DE BRAGANZA

CEBRADAS

POR EL REAL MAESTRANZA DE VALENCIA

EN LA IGLESIA DE LAS ESCUELAS DE SAN JUAN

DIJO

EL P. PRESENTADO D. JAIMES VILLANUEVA

DE LA ORDEN DE SANTO DOMINGO



VALENCIA

En la Imprenta de Esteban

1819

*Dominus dedit, Dominus abstulit..... Sit nomen Domini benedictum. Job. 1.*

## SEÑOR:

**D**ios, verdadero padre y consolador de todos los atribulados, para que nunca faltase á sus hijos un modelo de bien obrar en el tiempo de la tribulacion, dispuso dárselo muy cumplido en el virtuosísimo Job, el mas atribulado de los hombres despues de Jesucristo. Y dispuso que en todas las cosas que á ellos son estimables fuese reciamente herido: y que no solo sus camellos y bueyes, y demas ganado y hacienda sin número, sino sus criados y sus siete hijos tambien, todo se perdiese, ó robándolo los ladrones, ó consumiéndolo el fuego, ó destruyéndolo el huracan y la espada. Y como si fuese poco despojarle de todo, dispuso que la noticia de tantos y tales infortunios, aunque acaecidos en puntos distantes, le llegase á una misma hora, sin dar lugar á que una llaga se curase antes que la otra sobreviniese, y que todo se le pusiese delante junto y como de tropel, para mas ahogarle.

Mas ¿que hizo este varon célebre entre los orientales, de hijos abastado, y en la hacienda rico, y en opinion muy estimado, viéndose despojar de todo en un momento? ¿Por ventura se impacientó como Satanás queria, ó dijo palabras de blasfemia contra Dios? Lo que hizo al oir nuevas tan funestas, fue rasgar sus vestiduras y cortarse el cabello (que eran señales de gran dolor en su pais) y luego postrarse, y adorar á Dios diciendo: *El Señor lo dió, el Señor lo quitó: sea bendito el nombre del Señor.*

Si Job no hiciera significacion de dolor en tales desventuras, su paciencia no lo pareciera; porque pudieran decir, que de enagenado no sentia. Lo fino de su valor estuvo en que sintiese, y que sintiendo no se dejase vencer, sobrepujado del justo y amargo dolor. Así que hizo muestra de su pena; mas dijo lo que en su ánimo vencía esa misma pena, que fue: *El Señor lo dió, el Señor lo quitó: sea bendito el nombre del Señor*; viniendo, como declaró San Gregorio, á convertir la fuerza del dolor en alabanza del Criador (1).

Muy parecido á esto es lo que nos ha acontecido en estos últimos dias: dias que la historia señalará como la época del luto y del desconsuelo. Reposaba tranquilo nuestro amado Soberano, y á la sombra de su sabio gobierno la nacion entera, comenzando esta familia amada de Dios á respirar de las calamidades, con que pocos años há la habia visitado. Cuando he ahí que á deshora extiende el Señor su mano sobre nosotros, y al Rey, y á los vasallos hiere súbita y pesadamente. Porque el que tenia determinado traspasarnos á un mismo tiempo con dardos que lastimasen nuestra sensibilidad, enviando plagas repetidas y amontonadas una sobre otra, para que mas nos agobiase la pesadumbre de ellas, quiso antes quitarnos el consuelo que en ellas tuviéramos, llevándose para sí con arrebatada muerte á la amable Reina Isabel de Braganza. Y el que á Job (como decia en ocasion semejante San Gerónimo (2)) sobre los males que le llovieron, quiso guardarle su malísima muger, que le incitaria á blasfemar; á nuestro Fernando quitó la suya, que era boni-

1 S. Greg. lib. 11. Moral. cap. 12.

2 S. Hieron. Epist. ad Julianum.

sima, para que en ella le faltase, y á sus vasallos tambien, el alivio de las otras tribulaciones.

En pérdida tan grande hizo nuestro piadoso Soberano, lo que el modelo que yo decia de los atribulados. Entre las demostraciones de su justo dolor, inundado aun en lágrimas amargas, alzó sus ojos á Dios, y le adoró diciendo: *El Señor me la dió, el Señor me la quitó: sea bendito el nombre del Señor.* Esto hizo, y esto mandó que hiciésemos todos y dijésemos con resignacion cristiana. Y aun cuando no lo mandára, el amor que el cuerpo de la Real Maestranza de esta Ciudad profesa al Rey, como á su Hermano mayor, no le sufriera dejar de acompañarle en el desconsuelo de su viudez. Para esto se congrega hoy al rededor de este magnifico Cenotafio, para llorar con el augusto Monarca la orfandad en que quedamos todos: el Rey sin esposa, nosotros sin madre; y como si estuviese presente el cadáver de la amabilísima Isabel, despues de ofrecer á Dios el incruento sacrificio por el reposo de su alma, cantar sobre él, no endechas de dolor de gentiles, ni himnos que reprueba la Religion, sino el cántico de alabanza cristiana: *El Señor nos la dió, el Señor nos la quitó: sea bendito el nombre del Señor.*

Palabras sabias, bien asi como escritas por el dedo de Dios, que son un compendio de la altísima filosofía, á que ni antes ni despues de Job llegó ninguno sin Jesucristo. Que por eso aquel Patriarca no se contentó con haber dicho: *Desnudo salí del vientre de mi madre, desnudo volveré á él:* que esto Séneca y Epicteto y otros filósofos lo dijeron, y en ello se consolaron. Sino que alzando mas los ojos, y subiendo, como digamos, de la filosofía á la teología, buscó en el mismo Dios el remedio,

de cuya mano recibia la herida. Que asi como el Señor le despojaba de los bienes que le habia dado, y este despojo le era ocasion de dolor: asi el pensar que el mismo Señor, y no otro, era quien se los quitaba, fue el áncora que le sostuvo, para no perecer en tan deshecha tormenta; y en lo uno y en lo otro bendijo el nombre del Señor.

Esta cátedra amaestró á todos los santos: esta es la leccion que aprendieron, y que les hizo agradables á Dios en sus tribulaciones: y esta me parece estar oyendo de la boca de nuestro afligido Monarca, y de toda la nacion. Yo, diré con ellos, no puedo dejar de llorar la pérdida de Isabel, porque el Señor me la habia dado para mi bien; mas yo debo consolarme, porque el Señor es el que se la llevó. Cuando considero las perfecciones que en su alma puso la mano de Dios, al paso que bendigo su santo nombre, la pena anubla mi corazon por haberla perdido; pero cuando pienso quién es el autor de esta desgracia, y los motivos porque la permitió, bendigo tambien el nombre del Señor, y me consuelo.

En la declaracion de estas dos cosas me detendré lo menos que pudiere; protestando primero que no es mi ánimo prevenir el juicio de la Santa Iglesia, á quien toca exclusivamente canonizar por virtudes las que lo sean. Mas bien nos es permitido que con afecto filial recordemos lo que nos parecia bueno en Isabel de Braganza, para que podamos decir: Perdimos una Reina que Dios nos habia dado: motivo de nuestro dolor. La perdimos, porque Dios nos la quitó: motivo de nuestro consuelo. En ambas cosas aprenderémos á bendecir el nombre del Señor.

A la manera (decia San Gerónimo (1)) que la enfermedad descubre los bienes que trae consigo la salud, asi despues que perdemos lo que poseíamos, nos lamentamos del bien que perdimos. Esto que es asi en todos los bienes terrenos, lo es mucho mas respeto de las personas, con quienes la naturaleza ó la sociedad nos enlazó por varias maneras. Que cuando la muerte nos arrebatara estas vidas, déjanos tras sí con el dolor de perderlas, la memoria del bien que nos hacian, para mayor amargura. ¿Que será, si estas personas son de suyo tales y tan dotadas de cosas buenas, que no solo las podamos mirar como un bien, sino como un manantial preparado de bienes, y dadas por Dios, no como quiera, sino dadas como cosa suya, esto es, enriquecidas por él, y muy á propósito para nosotros? Si la muerte nos priva de una de estas preciosas y rarísimas joyas, entonces es, cuando al deshacerse la hermosa máquina de su vida, no sé en qué manera, con el grito del dolor, vienen á resplandecer y hacerse públicas las virtudes, que primero estaban ocultas; al modo que rotas las cántaras de Gedeon, brilló la luz que en su seno escondian.

Esto nos ha acaecido al morir Isabel de Braganza: que es cuando la conocimos, y conociéndola nos dolemos de haber perdido una Reina tan buena en sí, tan buena para el Rey y para los vasallos. Que ya muy anticipadamente quiso Dios que fuese como por temperamento

1 S. Hieron. Epist. ad Pamachium.

y virtud Española, la que un dia habia de ocupar el trono de los Españoles. Que como ellos sean religiosos por extremo, obedientes y sumisos á los Príncipes, graves y circunspectos en sus acciones, reflexivos y tardos en resolver, pero firmes en egecutar; asi preparó el ánimo de Isabel para que fuese su Reina. Y primero con la piedad dándole una madre Española, de cuya virtud quedará entre nosotros viva la memoria, mientras descansan en este Santo Templo las venerables cenizas del sábio Prelado que la dirigió (1); y dándole tambien una aya y unos preceptores, cuales necesitan los renacidos en el segundo Adan, para corregir los malos siniestros que les quedan del primero. Estos instrumentos de Dios le inspiraron lo que ya dificilmente se aprende fuera de la edad de aprender. Que por lo regular, siempre somos lo que fuimos niños. Por esto fue siempre piadosa, porque apenas abrió los ojos al conocimiento de lo malo y de lo bueno, vió lo que es Dios para nosotros, y lo que nosotros debemos ser para Dios, y para los que están en su lugar. Asi nunca la vieron engreida con la acendrada nobleza de sus progenitores, ni con el esplendor del Trono, ni con la abundancia de comodidades. Mas tampoco despreciaba estos dones, de que el Señor la colmó. Poseíalos como dados por Dios: como el Espíritu Santo aconseja (2), posponiéndolos á la sabiduría verdadera, que en

1 El Ilustrísimo Señor Don Felipe Scio de San Miguel, de las Escuelas Pias, Preceptor de nuestro Monarca el Señor Don Fernando VII, Confesor de la Serenísima Señora Doña Carlota Joaquina, Princesa del Brasil. Fue promovido al Obispado de Segovia en 1795. Murió en Valencia á 9 de Abril de 1796, en la edad de cincuenta y siete años, seis meses y cinco dias.

2 Sap. VII. seq.



el alma limpia de tales estorbos entra como señora, y fructifica mejor que el grano en tierra bien preparada. Frutos fueron de esta semilla las virtudes cristianas y políticas, que tan necesarias eran en la que nos habia de mandar: amor á la paz, docilidad para lo bueno, odio de lo superfluo, ternura para ver males, propension para hacer bien. Y porque el viento frio de la lisonja no quitase la medra á estas tiernas plantas, hizo el Señor que se educase muy lejos de donde pudieran ser arrancadas por tan fieros huracanes: y en una Quinta, donde el campo respira inocencia, y el agua limpia, y las aves y flores convidan á servir al Criador, alli la puso para que la naturaleza tambien la ayudase á ser en todo suya.

Alli aprendió á no salir en un ápice de la voluntad de su Madre: alli la gratitud con que pagó á su aya las lecciones que le dió, asistiéndola por sí misma en su postrera enfermedad, y llorando en su muerte lágrimas muy parecidas á las que nosotros lloramos en la suya; porque el idioma del amor es comun á todas las naciones y edades. Alli bajo la direccion de un sabio religioso de mi Padre San Francisco cultivó su alma, no solo con el conocimiento de la doctrina cristiana, y de las primeras letras; sino tambien con el de las lenguas latina, inglesa y francesa, y con el de la geografía, historia, lógica, metafísica, poesía, música y dibujo: cosas todas dadas por Dios para bien de los hombres, y por algunos recibidas para su mal de ellos; pero que el Señor hizo que Isabel las tuviese por lo que son, criadas y esclavas de la sabiduría, que de ellas se sirve para extender y hermohear su imperio. Alli se ensayó en las obras de beneficencia cristiana, ora intercediendo con su padre por cualquier afligido, ora dando á los pobres portugueses casi toda la

asignacion de Infanta. Allí finalmente compareció dotada de la calma que dan el seso y la reflexion; que al paso que nos cautela de los que nos hablan, deja lugar para conocerles, y para responder con oportunidad, sin aventurar expresiones que pueden ser perjudiciales en los altos Señores: calma y sosiego que felizmente la sostuvo para que no la sorprendiesen los que acaso lo pensaron y aun pretendieron.

Tal es el conjunto de perfecciones cristianas y civiles, que en la tierna Isabel nos descubre ahora su muerte, cuando ya no la podemos disfrutar. ¡Oh cuan bien ataviada por Dios, y cuan á propósito la que escogia para el Trono Español! Y ¡como iba labrando poco á poco y puliendo esta piedra la Providencia divina, al mismo tiempo que arrancaba de nuestro edificio á la virtuosa María Antonia! ¿Quién diria que el apartado Brasil habia de llenar con tales ventajas el hueco que nos dejaba la joya labrada en el ameno y culto Nápoles? ¡Juicios de Dios en todo! La mano del Señor arrancó del seno de su madre á esta amable hija; y la madre bendijo el nombre del Señor: que si la perdía para sí, la ganaban los Españoles sus queridos.

¡Ah! ¡y como que la ganamos! ¡y cuantas gracias dimos á Dios por este don! Que no vimos en esta Señora, ni la manía en conservar el traje extranjero: ni el enjambre de privados orgullosos y pordioseros, que en tales ocasiones han solido inundar la nacion: ni el desprecio ó ademan afectado de ridiculizar nuestras costumbres, solo porque les son nuevas. No; Isabel halló en nosotros la piedad y la reflexion, que traia consigo. Y esta analogía es la que encadenó los corazones, y la que nos hizo fijar en ella los ojos, para ver lo que tanto nos

deleitaba. Que siempre ha sido mas poderosa la virtud para unir á los virtuosos, que en los que no lo son el desórden y soltura de las pasiones. Por eso entró en nuestra tierra como entrára en la suya, y en todo la hallamos como hecha para nosotros: afable con los que le hablaban, sosegada en sus resoluciones, honesta en el vestir, compasiva con los menesterosos, devota y fervorosa en los actos de Religion. Cadiz, la primera ciudad que la vió, no encontró en ella mas que una dama verdaderamente española. Esto vieron Sevilla y los demas pueblos del tránsito. Esto encontró nuestro amado Monarca, cuando salió á recibirla en Ocaña: Una jóven hermosa, que llena de rubor virginal, besa la mano á su esposo, á quien con los ojos y con las palabras reconoce ya desde entonces por su Señor, dedicándose á su amor y servicio, olvidada en cuanto debia de su pueblo y de la casa paterna, y dispuesta á ser en todo, lo que la Providencia quiso que fuese, Reina de los Españoles.

Sube, ó Reina cristiana, sube al trono cristiano, donde primero que tú se sentaron las Berenguelas y las Isabelas, cuyo amor al Rey y á los vasallos habias de copiar tan al vivo. El pueblo que de cerca te observa, es justo apreciador del mérito. Mas para grangearte su aplauso, no era menester que socorrieses ocultamente á sus pobres familias, reduciendo para ello tu gasto mensual á la moderada é increíble suma de 40000 reales. No era necesario que te viesen tan esmerada en el órden de tu cuarto y familia: no la prudencia con que disimulabas sus faltas, y la suavidad con que las corregías: no la distribucion exacta de horas que desterrase la ociosidad: no la honestidad y recato de tu persona, que no permitias te vistiesen y desnudasen tus camaristas: no lo mal avenida

que estabas con las galas, que solo admitias cuando tu dignidad las hacia indispensables. Nada de esto era necesario, para que ahora nos amargases con la memoria de tu pérdida. Porque aunque todas estas cosas quedasen ocultas, como tú cristianamente, pero en vano deseabas; las que no pudiste encubrir, eran tantas y tales, que no podian dejar de hacerte amable á los que no acostumbran amar sino lo que de suyo se ordena á la prosperidad de la Nacion.

Y como en esto sea parte tan principal la vida, la salud y la tranquilidad del Soberano, ¿quien dirá lo que en esto hizo nuestra prudentisima Reina? Como si el Rey fuese el único objeto de su atencion, asi como entrañablemente le amaba, asi ponia un cuidado esmeradísimo en que por ningun camino recibiese disgusto. Y si le veia menos festivo, le agasajaba con donaire cristiano: y si le llegaba alguna nueva que le pudiese contristar, suavizaba la herida con reflexiones prudentes. Siempre solícita en cubrir la opinion de su Esposo, no solo le defendia como si tuviese presentes á sus ingratos enemigos, sino que solia decir: *¡Ah, si le conocieran bien! cierto le amarían mas.* Y no contenta con esto, rezaba todos los dias el oficio parvo y una oracion particular, y distribuia varias limosnas por la salud y prosperidad del Esposo. Pasando en esto tan adelante, que nunca permitió á su rostro señal alguno de disgusto interior, ahogando en su corazon y sufriendo con admirable paciencia los pesares que nunca suelen faltar en los palacios. Y cuando la vez primera dió á luz una infanta, no mostró sentimiento por no ser madre de un Principe, y lo mostró muy grande porque el Rey se veia sin un Primogénito.

Y con ser tal su amor y union cristiana con su au-

gusto Esposo , jamas quiso mezclarse en los negocios de gobierno, sino ó para descargo de su conciencia, avisando de algun peligro sin comprometer á las personas, ó convidada por el Rey para oír su consejo, ó cuando vió que el respeto á su sangre podia perjudicar á los intereses de España. Asi es, que ni el orgullo propio, ni la ambicion de mandar, ni el amor á los suyos, hicieron que dejase de ser en todo una Reina verdaderamente Española, esto es, amante del Rey, sin entrometerse en los negocios del reyno. ¡Ojalá hubieran imitado este ejemplo todos los que lo vieron aunque de lejos! ¡Ojalá todos hubieran cumplido de esta manera la obligacion que á todos impone el Apóstol de obedecer, respetar, y no resistir ni contristar el ánimo de los Reyes, ó estimulados de su conciencia, ó al menos por temor de la espada que ciñen! Sin duda la Providencia divina hubiera anticipado, y estaríamos ya disfrutando todos los bienes que del magnánimo corazon del Rey podemos esperar, que no sin violencia retira la mano del beneficio con que desearia consolar á todos sus vasallos. ¡Oh qué esposa perdió Fernando! ¡Y que madre perdimos nosotros!

Que cierto merecia este dictado. Porque mientras en lo que podia aliviaba á su augusto Esposo el formidable peso de gobernar dos mundos, ella por sí procuraba fomentar la cultura y prosperidad nacional, visitando los establecimientos públicos de las ciencias y artes, creando una academia de dibujo para las señoras y niñas pobres, regalando varios estudios de su mano á la de San Fernando para estímulo de las damas, y haciendo cuantiosos donativos para la perfeccion del Museo y de su selecta galería. Mayor fue la solicitud que mostró en otras obras mas

sublimes é importantes. Hablo de lo que protegió á la humanidad desvalida y paciente, ora visitando los hospitales, señaladamente la Inclusa, no solo para exortar con palabras al egercicio de la caridad, sino para egercer por sí misma todos, todos los oficios de madre: ora tomando bajo su inmediata proteccion á la benemérita y santa Congregacion de las Hijas de la Caridad, admitiendo el cargo de su Superiora general, y proporcionando entre otros á nuestro dignísimo Prelado el consuelo de verlas establecidas en la capital de su Diócesi.

Hablo de aquella firme y atinada resolucion, con que desterró de palacio las nodrizas; las cuales hablando en general son una de las causas y acaso no la menor de la perversa educacion de los hijos, y de lo desemejantes que son á los padres virtuosos. Si la delicadeza y una mal entendida razon de estado introdujeron esta costumbre pestilencial, la virtud de Isabel fue la primera en desterrarla. ¿Por ventura es indecoroso á la hidalguía y nobleza criar al que nació de las entrañas? ¿O como sufre el corazon entregar á pechos agenos para que crezca, lo que nunca quisieran que engendrara otra sangre? Este desordenado amor de sí mismas corrige en todas las madres la mejor de ellas Isabel, presentándose en público con su niña en los brazos.

Y no menos corrigiera y desterrara la costumbre de entregar los Infantes á la direccion de ayos; porque *ninguno, decia, lo es mejor que los mismos padres. Los mios por lo menos nunca se separarán de mi lado, ni estarán en otro cuarto que en el mio.* Y estaba tan lejos de que estas cosas pareciesen mal á los españoles juiciosos, que antes en ellas se les mostró mas española que nunca. Que si ahora parecian nuevas á algunos, cierto lo eran por-

que la afeminacion y la lisonja habian hecho olvidar las antiguas. No se criaron asi los Bermudos, Ordoños y Alfonsos; ni la naturaleza, ni el autor de ella permiten á los altos señores, que se eximan de la obligacion que imponen á todos los padres.

No eran estas cosas en Isabel amor á la singularidad, ni efecto de la severidad de principios, que suele sin discrecion hacer odiosa la virtud. Antes bien estaban hermanadas y eran hijas legítimas de la suavísima piedad, con que tenia bien ordenados á Dios los afectos de su corazon. Esta fuente perene de aguas limpias y dulces, que tienen virtud para suavizar genios adustos, y amansar condiciones de fiera, y poner miel hasta en los labios de víbora: ¿que no harian en la que de suyo era apacible, benigna, suave y amable para todos? ¿Con cuanta razon el pueblo como embelesado la contemplaba, y se gozaba en el don de Dios, y bendecia su santo nombre; que asi le quiso dar una madre tan acomodada á la índole de los hijos: una Reina tan buena en sí, y para el Rey, y para los vasallos?

Mas ¿con cuanta verdad está escrito: *tuve por error la risa; y al gozo dije: ¿por que tan de balde te engañas?* (1) Cuando mas nos creíamos seguros en la posesion de esta Señora, y nos paladeábamos en la perspectiva de lo por venir: cuando esperábamos de ella un parto venturoso: en medio de los regocijos de las Pascuas: en la florida edad de 21 años: con un accidente súbito é imprevisto: en el brevísimo espacio de veinte y dos minutos::: la vemos arrebatarse de nuestra presencia, y pasar á la eternidad! ¿Y para esto nos la diste, Señor? ¿para llenarnos

1 *Eccle. II. 2.*

ahora de amargura, quitándonosla así? ¿Y viven los impíos (1), y encanecen en la maldad, y en todo florecen y abundan; y la juventud inocente, y la viña en cierne, y la flor que nacia, así es talada y cortada por ti? ¿Que ni siquiera permites que podamos llorar delante de tus altares, representándote la falta que nos ha de hacer Isabel? ¡Pobre Rey! ¡Pobres vasallos! todo se perdió en un momento. ¿Donde buscaremos consuelo, si le hay para nosotros? ¡Ah! ¿donde sino en ti, Dios mio, que eres el autor del castigo? ¿donde sino en tus juicios, que aunque ocultos é inapeables, esto sabemos que son rectos y llenos de verdad?

Señor: esforcémonos á buscar algun lenitivo, porque la herida es muy profunda y dolorosa. Y lo hallaremos. Que si como Españoles sentimos haber perdido una Reina tan de veras Española; como cristianos debemos consolarnos, considerando la mano que nos la arrebató.

Que cierto, si fuera otra que la de Dios (decia San Gregorio (2)): si el enemigo nos la robara, ó la ambicion de un usurpador nos privara de su presencia, como hizo por algun tiempo con nuestro amado Fernando; aunque en estas desgracias debíamos entre otras cosas adorar tambien las disposiciones de la Providencia, por amargas que nos fuesen; pero mucho mas ahora que no perversidad de los hombres, no impericia del arte, no descuido en la conservacion de su persona, no otro sino el mismo que nos la dió, ese nos la quita, tomándose como decia el mismo Doctor (3), lo que en todos sentidos era

1 *Hieron. ad Paul.*

2 *Lib. II. Mor. cap. 12.*

3 *Ibid.*



suyo, y solo nuestro como prestado. De manera que en esto el Señor, no solo no nos hizo injusticia, sino que muy á las claras nos daba á entender que si en otras pérdidas semejantes tienen alguna parte los hombres; en esta él solo queria herirnos como por su mano. Para que no hallando en lo natural causa alguna á que atribuir esta obra de dolor, la atribuyésemos solamente á Dios, y bendiciendo su nombre dijésemos con humildad: *Justo eres, Señor, y en todo recto tu juicio.*

Sí, justo; que bien se echa de ver, por mas que nos lisongeemos, que justamente nos despojó el Señor de lo que acaso no merecíamos poseer. No merecian una Reina tan buena los que por malignidad natural emplearon sus lenguas en censurar su conducta, ignorando su secreta virtud. No merecian una Reina tan piadosa, los que con doctrinas ó con obras de impiedad se oponian á sus sabias ideas. No merecian una Reina tan amante del Rey y de la nacion, los que procuraron que se introdujese el desorden entre nosotros, que no éramos mas que una familia de esta madre. No la merecian nuestros pecados; con los cuales obligamos en cierta manera á Dios á que nos quitase con justicia, lo que con misericordia nos diera, retirando el beneficio que mal agradecíamos.

Y como el Señor se mostró tan justo con nosotros, asi fue misericordioso con Isabel. Porque veia ya en sazón esta flor; y como el corazon humano siempre vive sujeto á mudanza, y por mas alto que raye en la virtud, puede en un momento bajar á la miseria del pecado; lleno Dios de misericordia para con nuestra Reina, la sacó del peligro, y del golfo la entró en el puerto, para que las olas de la malicia no la hiciesen naufragar. Que asi como para pasto de las llamas eternas guarda el Señor á

los viejos impíos, engrosándolos, como está escrito (1), para que mejor se cebe en ellos la muerte; y de esto no hay pedirle razón; así en el ameno vergel de su gloria quiere tener plantas tiernas y frescas entre los árboles que se robustecieron en la piedad; y en su casa de premio hay coronas para la inocencia que no se manchilla, y para la penitencia que lava pecados. Y nunca el sembrador celestial siega sus mieses, por tempranas que á nosotros parezcan, sin que ellas contribuyan á llenar sus trojes con el grano de la virtud, y sin que deje á los campos, donde las cultivó, la dulce memoria de sus dones. Que es lo que en Isabel nos acontece para nuestro consuelo, al paso que con dolor la perdemos.

Porque ¿cuan grata es y será siempre su memoria á los Españoles? Nunca la historia correrá un velo sobre alguna parte, ni aun la mas pequeña de su vida. Donde quiera que suene su nombre, despertará la idea del candor de la paloma hermanado con la prudencia de la serpiente. Siempre se dirá, que siempre fue piadosa, moderada en su porte, templada con los inferiores, afable con los iguales, sumisa á su Rey, y amante del bien de los vasallos. Los lugares donde estuvo contarán el aniversario del dia en que la vieron, y las limosnas y las ocupaciones cristianas que admiraron en ella. Y ¿qué es esto, sino un testimonio perpetuo de lo agradable que nos es su virtud? ¿Qué son tantos panegíricos como de esta Señora se han hecho, y los cantos lúgubres que se cantaron, y los elogios con que todos todos, por un impulso natural, de palabra ó por escrito, hemos ensalzado el mérito de Isabel, sino unos cuadros repetidos que el amor

1 Ps. XLVIII.

filial ha podido expresar, y con que se esfuerza á su imitacion? De manera que, como decia San Gerónimo (1), una vida tan breve, será recompensada con eterna memoria.

Y si por un momento nos imaginamos que Isabel no hubiera sido cual fue por la merced de Dios: si embobada en deleites carnales, y puesto su corazon en la burlería y locura mundana, nos la arrebatára de improviso la muerte: entonces sí, era muy digna de ser llorada con lágrimas de gran dolor (2), y su muerte nos fuera poco provechosa, como lo hubiera tambien sido su vida. Mas ahora que en tan pocos años tantas y tales cosas nos enseñó, como si muchos viviera: ahora que vemos morir á la que apacentaba su alma con la lectura de libros piadosos, á la que tanto frecuentaba los Sacramentos, y aborrecia las diversiones públicas, (que cuando menos entibian el fervor de servir á Dios) á la que con afan envidiable visitaba iglesias, se alistaba en cofradías, y practicaba muchas devociones sólidas: á la que todas estas cosas y otras muchas ocultaba con estudio é ingenio cristiano, para que no arrebatase su mérito el viento de la vanidad: ahora que la vemos morir pocas horas despues de haber recibido el pan de los Angeles, y de haber asistido á los officios dulcísimos de la noche de Pascua, con una fortaleza superior á su edad y situacion, y poco comun aun en varones robustos, y que solo podia comunicarle su ardiente amor á Jesus que nacia: ahora que lo único que pudo hacer eso hizo, que fue besar cristianamente la mano á su Rey, y espirar, dejándonos sellada en sus últimos alientos la subordinacion con que debemos

1 *Epist. ad Paulam.*

2 *S. Hieron. ibid.*

mirar al que está en lugar de Dios: ahora en fin que la vemos plácidamente morir con tantas muestras de su esmerada piedad; ¿por que nos contristarémos, como los que no tienen esperanza? (1) ¿Por que no confiaremos en la misericordia infinita, que ó ahora, ó despues de ser purificada con el fuego, que consume el heno y la paja de nuestras imperfecciones (2), premiará en su piadosa Isabel la piedad de que tan abundantemente la dotó? Y si esto sucede, dia vendrá, Españoles, en que veamos á nuestra amada Reina sentada con los justos en eternidad de dulzura, donde nunca mas sintamos el dolor de perderla.

Estos son, Señor, los ojos cristianos con que debemos mirar la presente calamidad: esta la disposicion para recibir el golpe recio que la mano de Dios descargó sobre nosotros. » Hijo, decia San Agustin (3), si lloras, llora como » te manda la piedad; no con indignacion, no con el humo » y sabor de tu orgullo. No mires cuan grave es la pena » con que eres azotado; sino qué lugar te cabe en el tes- » tamento del Padre.» La pérdida de la Reina Isabel, sino dispierta en nosotros mas que afectos de dolor, temamos dolernos solamente de lo que en ella perdimos para nuestros intereses. Mas si la ternura con que lloramos su muerte temprana, va acompañada de la memoria de sus virtudes; entonces, sin que nadie nos exorte, nos consolarémos en el Señor, y bendecirémos su nombre.

Lo bendecirémos porque nos la dió, y lo bendecirémos porque nos la quitó. Con alabanza de la misericordia de Dios recordarémos el cuidado paternal con que nos la preparó en su niñez, haciéndola tan apuesta para noso-

1 I. *Thessal.* IV.

2 I. *Cor.* III.

3 S. *Aug. in Ps.* XCI X.

tros, y dándole tal amor al Rey y á los vasallos, cual necesitaban la salud y tranquilidad del Monarca, y la prosperidad cristiana y civil de la nacion. Y cuando la memoria de lo que en ella perdimos aflija nuestro corazon, acordémonos tambien de bendecir resignados el nombre de Dios, que es quien se la llevó: Dios justo, que nos despojó de lo que no mereciamos: Dios misericordioso, que la libertó de la corrupcion, y que en vida tan breve quiso dejar un modelo á los Reyes para que no se engrían, y á los vasallos para que obedezcan; á los ricos para que den limosna, y á los literatos y artistas para que santifiquen sus tareas; y á todos un egemplar vivísimo de la rapidez é incertidumbre con que morimos, y de que solo la piedad cristiana es la que hace útiles las vidas, y la que da consuelo en las muertes.

Mientras estas verdades asi nos consuelan, y mientras dejamos á Dios y á la providencia con que vela sobre España, el cuidado de sostener á nuestro Rey Fernando en su dolor, y de suplir la falta, que á él y á nosotros puede hacer Isabel de Braganza: nuestro único afan sea, y el tributo que de nosotros exige la gratitud filial, que acordándonos de tan buena madre, y del bien que nos hizo, y del que nos hiciera sino la perdiéramos, roguemos por ella al Señor, para que por su piedad la perdone, y limpiándola de las imperfecciones, que como polvo se pegan á la misma virtud, la conduzca á la paz y reposo eterno de la gloria. Asi sea.

tros, y dándole tal amor al Rey y á los vasallos, que  
 necesitaban la salud y tranquilidad del Monarca, y la  
 prosperidad cristiana y civil de la nación. Y con esta  
 memoria de lo que en esta perdición allja nuestro cora-  
 zón acordámonos también de bendecir resiguados el nom-  
 bre de Dios, que es quien se la lleva: Dios justo, que  
 nos despoja de lo que no merecimos: Dios misericordio-  
 so, que la herida de la corrupción, y que en vida tan  
 breve quiso dejar un modelo á los Reyes para que no se  
 engrían, y á los vasallos para que obedezcan; á los ricos para  
 que sean limoseros, y á los literatos y artistas para que sean  
 útiles en sus artes; y á todos un ejemplo viviente de la  
 rapidez é incertidumbre con que morimos, y de que solo  
 la piedad cristiana es la que hace ilices las vidas, y la que  
 da consuelo en las muertes.  
 Mientras estas verdades así nos consuelan, y mientras  
 dejamos á Dios y á la providencia con que vela sobre Es-  
 paña, el cuidado de sostener á nuestro Rey Fernando en  
 su dolor, y de suplir la falta que á él y á nosotros puede  
 hacer Isabel de Braganza: nuestro único afán sea, y el tri-  
 buto que de nosotros exige la gratitud filial, que acor-  
 dando de tan buena madre, y del bien que nos hizo, y  
 del que nos hiciera sino la perdiéramos, reguemos por ella  
 al Señor, para que por su piedad la perdona, y libran-  
 do de las imperfecciones, que como polvo se pegan á la  
 misma virtud, la conduzca á la paz y reposo eterno de la  
 gloria. Así sea.

T. II. lib. II. cap. III.  
 XXXIX.